

▣ TÚ ERES EL MESÍAS DE DIOS

En el evangelio de este domingo 12 del tiempo ordinario, leemos la confesión de fe del apóstol Pedro reconociendo a Jesús como el Mesías de Dios. Jesús, más allá de ser su maestro, su amigo, el «líder» del grupo, es el Hijo de Dios. Por eso Jesús pregunta primero a los discípulos: *¿Quién dice la gente que soy yo?,* y después: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*

Nosotros también reconocemos a Jesús como el Mesías de Dios, como el Hijo de Dios. Y así lo manifestamos en diferentes momentos de la celebración, que hoy podríamos resaltar. Convendría que usáramos la tercera fórmula del acto penitencial, donde aclamamos por tres veces a Cristo cantando *Señor, ten piedad... Cristo, ten piedad... Señor, ten piedad.* Antes de proclamar el evangelio, también aclamamos a Jesucristo con el *Aleluya*. O cuando presentamos las especies eucarísticas invitando a participar del sagrado banquete: *Este es el Cordero de Dios...*

Además, recordemos que Cristo, el Mesías, está presente en la celebración: en el pan y el vino consagrados, en la palabra proclamada, en la asamblea reunida (cf. *Sacrosanctum Concilium* 7). También en esa presencia reconocemos su señorío.

Podríamos complementar estas ideas utilizando un prefacio con contenido cristológico, como el prefacio II dominical o el IV.

▣ UN MODO DIFERENTE DE SER MESÍAS

Jesús presenta un modo de ser Mesías que difiere del modo esperado por el pueblo de Israel y, por tanto, por los propios apóstoles. Muchos esperaban un mesías triunfador y glorioso, político y social, incluso guerrero, que restauraría el esplendor del pueblo de Israel librándolo de la opresión romana. En cambio, Jesús presenta un Mesías pobre y humilde, que pasará por el sufrimiento, el rechazo y la muerte: *El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día.* Pero por medio de ese camino, mostrará su señorío y realeza, pues no termina en la muerte sino que conlleva la resurrección, siendo *una fuente para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, remedio de errores e impurezas* (primera lectura), el modo por el cual Dios derramará *sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de perdón y de oración.* De modo que el Mesías rechazado se convertirá en el Mesías

contemplado: *Volverán sus ojos hacia mí, al que traspasaron; Le harán duelo como de hijo único, lo llorarán como se llora al primogénito.*

▣ Y VOSOTROS ¿QUIÉN DECÍS QUE SOY YO?

La misma pregunta que Jesús lanzó a los discípulos, nos la lanza Jesús a nosotros: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?* En la Eucaristía debemos lanzársela a los fieles para hacerles reflexionar y que cada uno, internamente, pueda responder. Cabe todo tipo de respuestas, como las que daba la gente en tiempos de Jesús (*Unos, que Juan el Bautista, otros, que Elías, otros dicen que ha resucitado uno de los antiguos profetas*). Así, para unos pueda ser un hombre excepcional, para otros un filántropo, para otros un revolucionario social, para otros una especie de líder político. Pero para nosotros, creyentes, sólo hay una respuesta válida: *Tú eres el Mesías de Dios.*

En la despedida de la misa, antes del «podéis ir en paz», podríamos enunciar de nuevo la pregunta para recordar a los fieles que a lo largo de la semana pueden ir rumiándola, haciendo su personal profesión de fe.

▣ UNA LLAMADA AL SEGUIMIENTO

Una vez que Jesús ha manifestado cómo es su mesianismo, invita a sus discípulos a seguirle marcando la pauta del seguimiento: *quien le quiera seguir debe imitar su mismo camino, que pasa por la cruz. Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga. El que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará.* No se trata de hacer heroicidades, sino *la cruz de cada día*, esto es, las dificultades cotidianas, los problemas, los sufrimientos, las tristezas que acarrea la vida.

▣ AMOR NECESARIO PARA EL SEGUIMIENTO

El «motor» del seguimiento de Jesús, siervo sufriente, es el amor. El amor llevó a Jesús a entregarse; el amor que lleva a los discípulos a imitar su misma vida. Es por ello que conviene estar fundamentados en el amor de Dios ya que solo así nos dirigiremos a buen puerto, como reza la oración colecta: *jamás dejas de dirigir a quienes estableces en el sólido fundamento de tu amor.* Y pedimos, en la oración sobre las ofrendas que le *agrademos con la ofrenda de nuestro amor.*

JOSÉ ANTONIO GOÑI